

OCUPANTES Y OCUPADOS. LA MEMORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN EUROPA CENTRO-ORIENTAL

José M. Faraldo

Universidad Complutense de Madrid

Imagínense esta escena: Estamos a finales de septiembre de 1939, hay un puente sobre un río, en el este de Polonia. Una multitud, huyendo de la invasión alemana se dispone a cruzarlo para irse al otro lado. A mitad del puente se encuentran con otra multitud que viene huyendo del lado opuesto. Los primeros les dicen que no sean locos, que vienen los alemanes que se vuelvan. Pero éstos les contestan que vienen los rusos, que no crucen, que se vuelvan. Ninguno de los que huyen sabe a qué atenerse, a dónde huir. Esta escena, inmortalizada por el director de cine polaco Andrzej Wajda en su película *Katyń*, del año 2007, nos sirve para mostrar la percepción que de la Segunda Guerra Mundial se tiene hoy día en buena parte de los países de la Europa Centro-Oriental.¹ La idea de que esta parte de Europa se encontró de una forma u otra entre el martillo de la Alemania nazi y el yunque de la Unión Soviética se ha convertido en moneda corriente en la opinión pública, la divulgación histórica, e incluso entre los historiadores de varios países de la zona.

Hay, sin embargo, diferencias. Y es que pocas cosas demuestran tan indiscutiblemente la divergencia que existe entre historia y memoria como la forma en que a lo largo de los años y en los diversos países europeos se ha considerado la memoria de la Segunda Guerra Mundial.² De hecho, como afirman los historiadores Jörg Echternkamp y Stefan Martens en su introducción a un amplio proyecto europeo de

revisión del lugar de la IIGM en la construcción de una identidad europea, ésa es precisamente la característica principal de la memoria de la guerra en Europa: la multiplicidad y la diferencia de experiencias asumidas.³ Ello es especialmente cierto si contemplamos la Europa Centro-oriental, donde nos encontramos con problemas hasta para definir algo aparentemente tan sencillo como cuándo comenzó la guerra. Así, mientras que para Polonia —como para buena parte de los países occidentales— la guerra mundial comienza el 1 de septiembre de 1939, para Checoslovaquia (y sus estados sucesores) había comenzado casi un año antes, con Múnich, la crisis de los Sudetes, la independencia de Eslovaquia y la invasión alemana. Por su lado, los países pos-soviéticos europeos, Rusia y Bielorrusia, sobre todo, continúan manteniendo la fecha del 22 de junio de 1941 como la del comienzo de la guerra. De ahí que la memoria de la guerra sea, hoy día, enormemente plural y que una memoria común de ella en toda Europa no sea, no haya sido hasta ahora posible.

En este artículo vamos a exponer brevemente el desarrollo histórico de la construcción de un discurso social de recuerdo de la IIGM en la Europa Centro-oriental, aunque haciendo unas referencias a otros ámbitos, en especial a la URSS y a Alemania como contexto inevitable y a la Europa Sur-oriental, de problemática algo diferente, pero relacionada.⁴ Nos centraremos en la memoria «oficial» —es decir, estatal— aun-



que con referencias a construcciones alternativas de memoria. Comentaremos así las fases de esta construcción de memoria oficial, y sus peculiaridades, terminaremos con unas conclusiones acerca del uso de esta memoria y su futuro.

Formas de la memoria de la IIGM

La ya clásica diferenciación teórica de las formas de memoria social diseñada por el egiptólogo Jan Assmann sirve para comprender en alguna forma como la construcción memorística de las sociedades evoluciona, y ello además siguiendo unos parámetros generacionales bastante claros.⁵ Assmann diferencia entre «memoria cultural» —que es ritual, heredada, mítica, de *longue durée*— y «memoria comunicativa», que es transmitida por los testigos, oralmente, que depende del acontecimiento en sí y es de corta duración.⁶ La evolución de las memorias de acontecimientos tan traumáticos como la IIGM, por tanto, se debatirá entre esos dos polos: una mitificación y asunción por la memoria cultural, y la transmisión personalizada por parte de quienes tuvieron la experiencia del acontecimiento.

Por otro lado, las formas adoptadas por el recuerdo social de un acontecimiento están muy relacionadas con los medios de transmisión en sí y con las características de la esfera pública que los soporta.⁷ Buena parte de la forma en que dentro de esta esfera pública se conforma la memoria es, si hacemos caso al psicólogo social Harald Welzer, inconsciente, producto de «la praxis social de la construcción del pasado».⁸ Sin embargo, en sociedades con regímenes políticos dictatoriales, donde la esfera pública está bajo un control de cierta intensidad, la política de memoria *oficial* posee una importancia de la que carece en una sociedad de mayor pluralismo.⁹ En una dictadura de socialismo de Estado, donde además, el mercado está centralizado y controlado, y donde la ideología desempeña un papel mayor que en otras dictaduras, el espacio dejado para alternativas en la memoria suele reducirse a los ámbitos privados y las disidencias. Es decir, la «memoria comunicativa» se reduce a ámbitos ocultos, se convierte muchas veces en tabú, y las políticas de memoria pasan a ocupar un primer plano.¹⁰ Comprender los vaivenes de la política comunista sobre la esfera pública sirve también para comprender las diferencias

y las transformaciones de las políticas oficiales de memoria.¹¹ Por otro lado, los conflictos de memoria en torno a la época comunista y a la pervivencia de sus elites durante la época de transición a la democracia liberal marcaron —están marcando— las políticas históricas en el periodo posterior a 1989.

Vayamos, pues, por partes. Las imágenes y los discursos de la IIGM como memoria oficial sobre la Segunda Guerra Mundial se fueron conformando durante la época comunista en torno a dos aspectos principales:¹²

Uno fue el recuerdo de *la guerra como tragedia nacional*. Esto tomaba diversas formas dependiendo del país y de la época. En los países que habían sido ocupados por los nazis, como la Unión Soviética, Checoslovaquia y Polonia, existía un discurso que hacía hincapié en el dolor, las pérdidas humanas y económicas, el odio al invasor alemán. Es cierto que durante el estalinismo (entre 1948 y 1953-56) se creó un tabú muy peculiar: el odio no debía ser anti-alemán, no lo permitía ni el internacionalismo retórico de la ideología comunista, ni el papel tan importante que cumplía la RDA en el nuevo imperio soviético. Por ello se sustituyó la palabra «alemán» por «hitlerianos» o por «fascistas», un tabú que duraría mucho tiempo. Más adelante, cuando Stalin murió y la situación de la Guerra Fría se estabilizó, el odio al nazismo (y aún más al neonazismo, que se suponía acechaba en cada esquina) se dirigió hacia la República Federal Alemana, que solía denominarse sólo con las siglas RFA o añadiendo la expresión «occidental», una expresión geográfica que parecía sumar toda la maldad del mundo en ella. Pero, curiosamente, cuanto más se alejaba la guerra en el tiempo, mayor era la carga negativa, xenófoba y anti-alemana que tomaba la memoria oficial de la guerra. Ello era debido a que el impulso heroico y épico de la reconstrucción material y la transformación social de los primeros años de la posguerra resultaba, después de la desestalinización de 1956, insuficiente. Los regímenes

nacidos de los cambios pos-estalinistas intentaron durante los años sesenta sustituir la legitimación revolucionaria por una legitimación nacionalista basada por un lado en el recuerdo de la guerra y del ejército rojo como liberador y, por otro, en el supuesto peligro neonazi en Alemania Occidental —apoyado, claro está, por el imperialismo yanqui.

Algo más compleja fue la construcción de la guerra en los antiguos aliados —luego enemigos— de Alemania. La imagen de tragedia nacional se convertía en Hungría o Rumanía en un arma de doble filo, ya que podía ser usada en contra del propio poder comunista, que podían ser mostrados como usurpadores. Los gobernantes, sin embargo, promovieron una imagen de resistencia contra los alemanes por parte de los comunistas que no difería mucho de los otros países del entorno. Para ello, por supuesto, se vieron obligados a tergiversar, ocultar y deformar la historia en una medida aún mayor si cabe.

El otro aspecto fue *la resistencia* contra el nazismo que se convirtió a partir de 1945 en una de las principales bases del pacto fundacional de los sistemas políticos y sociales de varios países europeos.¹³ El consenso antifascista sirvió de piedra sobre la que se elevaron los modelos de estado de bienestar, pero también de socialismo de Estado. En el oeste, en especial en Francia, Italia y el Benelux, la aceptación progresiva de la democracia parlamentaria y del reformismo del sistema capitalista por parte de los partidos comunistas se llevó a cabo mediante la inclusión de su experiencia histórica de resistencia a la ocupación alemana en la narrativa común de la historia nacional.¹⁴ En la heroica mitología de posguerra, la derrota primera, el fenómeno colaboracionista, el fascismo propio y la propia participación en el Holocausto quedaban borrados por la sublimación de la lucha partisana y el sabotaje urbano. Se constituyó así una memoria de la resistencia que elevaba a actor de ella a casi toda la nación, de la que quedaban excluidos

sólo una pequeña parte de colaboracionistas y «traidores».

En la República Federal Alemana, por su parte, tanto la resistencia al nazismo como el exilio quedaron durante mucho tiempo sumidos en el olvido cuando no en el desprecio. Los propios militares conservadores que atentaron contra Hitler el 20 de julio fueron tenidos por traidores y renegados. A sus viudas les eran negadas pensiones, sus nombres borrados de la memoria del ejército al que habían servido. Sólo a partir de los años setenta, después de que en la revuelta del sesenta y ocho los hijos comenzaran a preguntar retóricamente a los padres por su participación en el nazismo, comenzó un tibio reconocimiento de quienes se habían atrevido a plantarle cara en algún momento al Führer.¹⁵ Pese a ello, sólo con la reunificación alemana de 1990, comenzó la obsesión por la resistencia que acabaría llevando a una especie de carrera para demostrar que la acusación de Daniel Goldhagen de general participación de los alemanes en la persecución de los judíos quedaba puesta en entredicho a causa de las dimensiones –inesperadas– de la Resistencia.

Por el contrario, la República Democrática Alemana, la Alemania comunista, construyó su identidad legitimándola explícitamente a partir de la resistencia. El «primer estado socialista en suelo germano» fue también el estado de los mártires y supervivientes del fascismo hitleriano. Un culto oficial a los caídos, a los encerrados en campos de concentración, que olvidaba a las víctimas no comunistas y obviaba a los judíos como tales, sirvió para hacer de la RDA un estado «antifascista» por antonomasia.¹⁶

El caso de la RDA sirve además de ejemplo extremo para comprender las formas que tomó el culto a la resistencia en el bloque del Este. Antifascismo oficial, resistencia sobre todo como obra exclusiva de los comunistas, proscripción –incluso legal– de resistentes anti –o no– comunistas, glorificación y martirologio de héroes concretos que representaban sin

embargo a todo el pueblo... El esquema se repite con ligeras variaciones en países como Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria o Hungría, pero también, pese a la propia mitología de la «autoliberación» en Yugoslavia y Albania, países socialistas disidentes.¹⁷

La resistencia partisana y popular formó también parte importante de la legitimación principal del estado soviético después de la guerra. Superada la virtualidad de la ideología revolucionaria –es decir, modernizadora– como método para movilizar las masas y crear su identidad común, el estado soviético que sobrevivió triunfante a la barbarie nazi construyó su nueva identidad y su nueva legitimidad a partir de la traumática guerra de liberación nacional, la «guerra patriótica». Ciertamente, la identidad soviética –y luego rusa– se conformó a través de la imagen del soldado del Ejército Rojo que liberaba Europa de la plaga fascista, pero esto se unía también en una secuencia conjunta con el martirio de la población civil y la lucha del partisano, quien era también la encarnación del pueblo.

Fases de la memoria de la IIGM

En general podemos dividir el recuerdo de la IIGM en Europa Central y Oriental en cuatro fases, aunque algunas de ellas podrían dividirse en algunas sub-fases. La primera fase es exclusiva de los países soviéticos tras la guerra y no incluye a la Unión Soviética; la segunda y tercera abarca todo el bloque del Este europeo y la cuarta supone una diferenciación en memorias nacionales muy específicas de las que, de nuevo, Rusia –como sucesora de la URSS– es la más divergente.

1. Fase de relativa pluralidad del recuerdo (1944-1948).
2. Instauración de una política de memoria estalinista (1948-primeros 1960s).
3. Memoria nacional-comunista (1960s-1989/91).

4. Post-comunismos (1989/1991 hasta hoy).

I. Fase de relativa pluralidad del recuerdo (1944-1948)

Inmediatamente tras la liberación de los territorios y tras la instalación en el poder de coaliciones de partidos lideradas por los partidos comunistas, se produjeron en toda Europa Centro-oriental las primeras políticas de memoria relacionadas con la guerra. En algunos lugares, esto se produjo incluso antes del final del conflicto. Se erigieron monumentos, se instalaron tablas conmemorativas, se comenzó a escribir acerca de las causas y los desarrollos de la guerra. Diversas políticas oficiales ocuparon el espacio público pero hubo también intentos privados o de organizaciones no comunistas de rendir homenaje a los caídos. Sin embargo, la creciente influencia de los partidos comunistas y su control cada vez mayor de los medios de comunicación y de los mecanismos de censura hizo que fuera cada vez más difícil construir memoria alternativamente. En Checoslovaquia,

por ejemplo, el lugar de memoria principal del momento fue el pacto de Múnich entendido como el momento de la traición de occidente, algo que era compartido por amplia parte de la opinión pública y que los comunistas supieron explotar en beneficio de su legitimidad.¹⁸ En Polonia comenzó pronto el homenaje a los partisanos —aunque sólo a los comunistas, ocultándose y persiguiéndose al resto—. Una propuesta, no realizada hasta el final, fue la de dejar las ruinas de Varsovia como símbolo de la destrucción por los nazis. El hecho de que el gobierno polaco se decidiera por reconstruir no sólo las antiguas iglesias y palacios sino los tramos de calles y los edificios burgueses, nos informa del elemento utópico, reconstructor, más que nemotécnico.¹⁹ La situación en los países que habían sido aliados de Alemania — Hungría, Rumanía, Eslovaquia— era muy distinta. Más que memoria de la guerra se estaba realizando todavía una fase de justicia retributiva, aniquilando los símbolos de la dictadura anterior, realizando la posición de los escasos apoyos que el comunismo tenía —había tenido— allí. Largo tiempo se sucedieron



los juicios masivos de castigo a los antiguos responsables de los estados dictatoriales o a personas acusadas de colaborar con ellos. Como ejemplo, se calcula que sólo hasta 1948 unas 27.000 personas fueron condenadas en Hungría por ello, de las que 189 fueron ejecutadas.²⁰

2. Instauración de una política de memoria estalinista (1948-primeros 1960s)

El final de la guerra en la URSS y los territorios reconquistados y anexionados por ella (los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania Occidental, Moldavia y Besarabia, Transcarpatia, Prusia Oriental) supuso una decidida apuesta por la re-sovietización en un sentido estalinista.²¹ Es decir: muy pronto, ya desde 1944 en ciertas regiones, se construyeron los primeros monumentos y se colgaron las primeras placas conmemorativas. Todo ello se inscribía en una narración heroica y victimista que había ido surgiendo durante la guerra, pero que, una vez acabadas las leves liberalizaciones del periodo 1941-45, confluyeron en un modelo de memoria de la guerra cerrado, autárquico y voluntariamente no nacionalista: la URSS había vencido al enemigo fascista-hitleriano –no a Alemania–, a base de grandes sacrificios del pueblo soviético, había sido una tarea heroica de liberación de los pueblos ocupados de Europa, los cuales –pueblos hermanos– estaban muy agradecidos por ello y lo demostraban en cada ocasión.

El énfasis, sin embargo no estaba en la guerra, sino en su superación, en la reconstrucción, en la búsqueda de un orden nuevo, de una paz duradera, que estaba amenazada por los ahora enemigos anglo-americanos.

Este modelo de recuerdo de la guerra se transmitió a todos los países del bloque a partir de la instauración de las democracias populares. En los países bálticos, ahora de nuevo bajo dominio soviético, se llevó a cabo una amplia operación de ocultamiento, disolución y falseamiento de la historia del periodo 1939-1945. Los *nacionalistas* –a quienes se acusaba de fas-

cistas, de colaboracionistas y de promover el regreso de las dictaduras de entreguerras– eran culpables de todos los crímenes posibles, y sólo gracias a la URSS se habían liberado los pueblos bálticos de la opresión nazi. Estos *nacionalistas*, del mismo modo que los ucranianos –los *banderistas*–, eran la imagen viva de todo mal y de toda agresión y, de hecho, aliados con los anglosajones, seguían intentando destruir desde el exilio el poder soviético y la paz de los pueblos.

En Polonia y otras repúblicas socialistas, las formas de estas políticas fueron calcadas casi al completo de la práctica soviética. Ciertamente había ciertas peculiaridades, ciertos acentos, pero en general el modelo era el mismo.

Un ejemplo muy peculiar de la memoria de esta época es el campo de concentración de Auschwitz y sus usos. Abierto como museo desde 1948, las primeras exposiciones de Auschwitz hacían hincapié en el martirio del pueblo polaco como un todo y en los millones de polacos que habían muerto en él. Se obviaba el hecho de que la mayor parte de los asesinados allí habían sido aniquilados por el hecho de ser judíos, pero tampoco se hacían referencias a la composición multinacional de los internos. En realidad no se trataba tanto de una «polonización» del recuerdo, como de una negación de la pluralidad, un monolitismo ideológico que se reflejaba en lo étnico-nacional. Se privilegiaba también a los comunistas en todos los aspectos: los únicos partisanos habían sido los comunistas, el resto había pactado con los fascistas en algún momento u otro, sólo los comunistas habían resistido al invasor.²²

3. Memoria nacional-comunista (1960s-1989/91)

Tras la breve explosión de libertades del año 1956 –en la que se iniciaron procesos de memoria alternativos al oficial–, con el final de las reformas y, definitivamente con la caída de Krushev en la URSS, comenzó una fase en la que las elites comunistas se dedicaron a reforzar el patriotismo –definido como socialista– de sus



masas. Lo importante ya no era la utopía de la construcción del socialismo, sino el orgullo por la derrota de los fascistas y la liberación del yugo extranjero. El pueblo, la nación, legítimamente orgulloso por haber expulsado al ocupante, era ahora el sujeto de la política, definida por el partido como su vanguardia. El mito de la Gran Guerra Patria tomó así su forma más clásica.²³ A partir de 1964 se comenzaron a construir en la URSS los gigantescos monumentos a la madre patria —como el de Kiev o Volgogrado—, los veteranos de guerra —que estaban ahora llegando a la jubilación— comenzaron a recibir beneficios sociales y distinciones especiales, las celebraciones de los aniversarios de la guerra cobraron una importancia suprema.²⁴ Por todos lados surgieron monumentos, museos, cementerios y espacios de memoria relacionados con el conflicto. La cohesión social que no se podía lograr ya por el recurso a la revolución futura

se lograba a través del recuerdo a la victoria (y este era el cambio de acento con relación a la época estalinista) pasada. En buena medida era una revisión de la proyección discursiva que seguía los pasos que habían dado ya los países disidentes como Yugoslavia y Albania, quienes habían construido su particularidad para mantenerse fuera del bloque de obediencia soviética en torno a su «autoliberación» durante la IIGM.

Los países del bloque del Este aceptaron gustosos este cambio de política del Gran Hermano porque les permitía expresar elementos nacionales —nacionalistas— que habían sido hasta entonces vedados. Aunque la narrativa histórica comunista en todos estos países había utilizado elementos de la narrativa nacionalista tradicional (a veces hasta de la ultra-nacionalista, como en Polonia) para crear sus propias narraciones del pasado histórico —y de las perspectivas futuras—, no se había llegado más allá del uso de un



patriotismo unido a una visión progresista de la historia. El recurso a la lucha heroica de la IIGM supuso la oportunidad de integrar en la vida cotidiana un patriotismo entendido dentro de los marcos del nacionalismo tradicional. No fue éste un proceso unívoco ni general, pero a lo largo del tiempo y, sobre todo a partir de 1968, con el fin definitivo de los ideales reformistas y la consolidación de los socialismos de consumo, se desarrolló un consciente programa de recuerdo a la guerra que, en algunos lugares, como Polonia, permitió incluso la rehabilitación de los partisanos no comunistas y de su aporte a la marcha de la guerra. Esta construcción de memoria —completamente consciente— se demostró muy fuerte y, en algunos países, Rusia sobre todo, sobrevivió a los cambios políticos.

4. Post-comunismos (1989/1991 hasta hoy)

1989/1991 supuso, por supuesto, un enorme cambio en la apreciación de la IIGM. En todos estos países ha sido el conflicto acerca de las causas de los regímenes comunistas y las consecuencias y formas de la salida de estos regímenes lo que ha marcado la construcción de memoria desde 1989. Es en el marco de estos conflictos donde se han dirimido las transformaciones de la imagen de la Segunda Guerra Mundial. En algunos momentos, la propia guerra ha perdido importancia o ha sido subordinada a las discusiones sobre el comunismo. En otros, la guerra mundial ha desempeñado un papel importante, sobre todo como herramienta para acusar al «otro» o para incrementar un victimismo que producía beneficios políticos. El marco de las transformaciones de la memoria en muchos de estos países han sido las imágenes de la guerra y su transformación en Rusia (como sucesora de la URSS) y en Alemania (como principal iniciadora de la guerra y perpetradora de los mayores crímenes).

Vayamos por partes. El final del comunismo llegó a Rusia cuando, en lo relativo a las memorias colectivas y a la identificación nacional, el

mundo occidental entraba en una fase histórica que se puede caracterizar por dos aspectos: la globalización de la conciencia de la memoria histórica (la extensión a todas las sociedades y a lo largo de la sociedad de la necesidad de crear narraciones de identidad basadas en traumas o vivencias del pasado con valor colectivo) y los combates por la memoria (o la consciente construcción de contra-narrativas que se pretenden sustituyan a las hegemónicas con la consecuente pluralización de las memorias al no conseguir ninguna narrativa un grado suficientemente extensivo de dominio). Había pistas que hacían pensar que en Rusia se desarrollarían fenómenos no muy diferentes de los que se estaban realizando en otros lugares: la asunción de responsabilidad por los crímenes de la época soviética contra otros pueblos (de hecho bajo la presidencia de Boris Yeltsin, Rusia reconoció aspectos como las ejecuciones de Katyń o el protocolo secreto del pacto Hitler-Stalin) y la construcción de memorias de las víctimas propias.²⁵

Las transformaciones de la memoria que se habían iniciado durante el período de la *perestroika* y de los cambios en las democracias populares, tenían ahora todas las oportunidades para desplegarse. El fin de las censuras, el fin de los gobiernos comunistas y su obligada ideologización de la historia permitían que se desarrollaran nuevas expresiones de la memoria de la guerra mundial. Ciertamente es que algunas se consolidaron y, en algunos países, ganaron la hegemonía sobre el discurso público. Por ejemplo, en 1995, en Moscú, durante las celebraciones del 50 aniversario de la «Pobieda», del final de la Segunda Guerra Mundial se desveló un monumento ecuestre al mariscal Zhukov. Este militar ruso que había sido postergado por los sucesivos jefes soviéticos desde Stalin, había gozado de una innegable popularidad entre la población, algo que se había ido incrementado después de su muerte. Zhukov representaba la dignidad nacional de los militares rusos —en oposición a Stalin quien, por aquellos momen-

tos, comenzaba a ser visto a través del prisma de las represiones.²⁶

Sin embargo, las pautas que se habían ido marcando durante el período final del comunismo, la posibilidad de que Rusia, tras superar la etapa de la Unión Soviética, se integrara en el tipo de desarrollo comunicativo de Occidente, no se cumplieron. El trauma de la crisis económica y social posterior a 1991 junto con la catástrofe del derrumbe financiero de los últimos 1990s –justo cuando parecía que lo peor había pasado– condujeron a la población rusa a una valoración positiva del pasado comunista. Era una valoración que no tenía que ver con nostalgias de tipo político, sino con una idea de estabilidad económica, de seguridad en lo social y al mismo tiempo, de sentimiento de legítimo orgullo nacional.²⁷ Todo ello, asociado a una patria socialista que había surgido, no ya de la Revolución de Octubre –la cual había ido perdiendo en aprecio global– sino de la victoria en la Gran Guerra Patriótica. Este sentimiento fue muy bien aprovechado y alentado por el viraje que tomó la política rusa a partir de la llegada a la presidencia de Vladimir Putin. Una verdadera revolución en la construcción de una memoria histórica que era, por un lado, un regreso a la época de Brezhnev, pero por otro lado asociaba y asumía fragmentos de la historia rusa que habían sido velados y tabuizados por el régimen soviético, como por ejemplo los zares. En esta construcción de un discurso de identidad colectivo enraizado en el recuerdo de un pasado glorioso, un papel sustancial le fue concedido a la memoria de la Segunda Guerra Mundial.²⁸ Ello llevaba a una cierta rehabilitación del propio Stalin. En el 2007, por poner un ejemplo, una encuesta del centro Levada de Moscú arrojaba que hasta un 28 por ciento de rusos estaba de acuerdo con la frase «Sin importar qué errores y crímenes se le atribuyan a Stalin lo importante es que bajo su liderazgo el pueblo salió vencedor de la Segunda Guerra Mundial».²⁹

Bajo la presidencia de Putin se rehizo la mitología de la Guerra Patriótica, se repuso

el himno nacional estalinista –con otra letra–, se celebraron con pompa los aniversarios, volvieron a realizarse desfiles militares con armas pesadas. La memoria de la guerra se usó como arma contra otros pueblos: a Alemania se la acusaba de intentar borrar el pasado, a los países Bálticos y a Polonia se les tachaba de ingratos por no reconocer que Rusia –la URSS– les había liberado del fascismo.

De este modo, la imagen de la Guerra Mundial formada en la época de Brezhnev sigue constituyendo en esencia el núcleo de la memoria en Rusia.

En Ucrania –que durante el tiempo en que el país formó parte de la URSS participó de las mismas formas del recuerdo de la guerra que el resto del Estado– se ha producido una radical inversión de la política oficial hacia la guerra.³⁰ Los nacionalistas «banderistas» que habían luchado contra los soviets, colaborado con los nazis, y luego combatido contra ellos, y que habían participado en las acciones de limpieza étnica contra polacos y judíos, fueron rehabilitados muy pronto. Dicha rehabilitación se produjo legalmente sólo en cuanto a su participación en la lucha contra los alemanes, mientras que no se llegó a un consenso en lo que respectaba al significado de su lucha hacia la independencia de Ucrania, dado que las fuerzas de izquierdas los consideraban colaboracionistas y traidores. Ciertamente, la política oficial de memoria en Ucrania, especialmente desde la «Revolución Naranja» de 2004, ha sido la de privilegiar la interpretación de la IIGM como una lucha del pueblo ucraniano contra los ocupantes alemanes y rusos («moskale»). Que esta concepción es muy problemática y que sólo se puede aplicar a una parte muy pequeña del territorio lo demuestra el hecho de que una gran cantidad de ucranianos siguen manteniendo la imagen de la guerra patria tal y como la creó el brezhnevismo.³¹

En el resto de los países de Europa Centro-oriental la construcción discursiva del recuerdo de la IIGM ha sido en cierta manera similar,

pero con mayor éxito. La imagen que se ha desarrollado y que predomina hoy día en Estonia, Letonia, Lituania y Polonia es la de un pueblo de víctimas entre dos poderosos agresores totalitarios, la Alemania de Hitler y la URSS de Stalin (en el caso de Lituania se incluye también la Polonia dictatorial).³² Estos agresores que, en algunos casos desde hace siglos, han pretendido acabar con estos pueblos, se confabularon en 1939 para destruirlos. El hecho de que en los países bálticos una parte importante de las *intelligentsias* colaboraran con uno u otro agresor se explicaba de dos formas: en el caso de la colaboración con los soviets, los colaboradores no eran propiamente lugareños sino judíos, rusos, inmigrantes, o bien se trataba de casos aislados, de delincuentes o pervertidos comunistas. Quienes colaboraban con los alemanes, sin embargo –incluso formando batallones de las SS– lo hicieron por patriotismo, pensando que iban a conseguir restaurar la independencia de sus patrias y queriendo evitar el calvario de una nueva ocupación soviética como la sufrida entre 1940-1941. De hecho, hay una imagen más positiva de Alemania que de la URSS, a la que se entiende como algo «asiático», «antieuropo», «salvaje». Esta visión se puede contemplar en los diversos museos de las Ocupaciones, en las publicaciones de los Institutos de memoria de estos países y hasta en los libros y manuales escolares. La retirada de monumentos y el deseo de lavar la historia soviética ha conducido a enfrentamientos tales como el de abril de 2007 en Estonia, donde la población rusófona se opuso violentamente al desplazamiento del llamado «Soldado de Bronce», un monumento al soldado desconocido –del Ejército Rojo–, creando así un conflicto tanto interno como externo.³³

El anticomunismo radical produjo en Hungría durante el gobierno del partido derechista Fidesz (1998-2002) la construcción teórica de un modelo de equivalencia entre nacional-socialismo, ultraderechismo y comunismo que encontró plasmación física en la llamada «Casa del Terror». Se trata de un museo de las «dos



dictaduras» (ocupación nazi y régimen comunista) que intenta voluntariamente equiparar a las dos, usando para ello incluso de deformaciones históricas. La poderosa presentación musealística ha sido de gran éxito y ha contribuido sin duda a la cimentación de la imagen de las dos dictaduras, restándole importancia y peso a la actuación del régimen dictatorial húngaro durante la IIGM, en especial a su participación en el Holocausto.³⁴

En Polonia, donde la «colaboración» no se puede entender de la misma forma (hubo una ínfima cooperación directa con los nazis y la cooperación de los militantes comunistas con la URSS no puede considerarse del mismo modo), la imagen no es, en realidad, muy diferente. El gran enemigo ha pasado a ser la URSS –Rusia–, mientras que los esfuerzos de conciliación con Alemania han ocasionado una imagen positiva del vecino occidental que, de alguna manera, ha reducido también su consideración como país ocupante. Como excepción quedan los años 2002-2008, cuando la derecha nacional-católica polaca cobró fuerza –hasta el punto de alcanzar el poder– y donde la tesis de un rearme –espiritual– de los alemanes y de un intento –a través del victimismo– de difuminar las responsabilidades de la guerra se abrió paso entre buena parte de las elites polacas.

Hay que decir que es verdad que la conexión de un cierto revisionismo histórico en Alemania con el boom de la memorialística y la historia de vida ha llevado a una ola de victimismo en la actual República Federal. Dado que la antigua Alemania Oriental nunca asumió culpa alguna por los desmanes de la guerra –achacándoselos a unos «nazis» de origen indeterminado–, una parte importante de los alemanes del este incluso impregnados de un discurso antifascista aún poderoso, no son capaces de comprender el origen del malestar polaco. Por otro lado, una parte de la generación del 1968, quienes habían luchado por el reconocimiento de las culpas del nazismo por parte de sus padres, han comenzado a explorar la identidad nacional. En un proce-

so que a veces es tan sólo de redescubrimiento psicológico de la propia familia, de reconstrucción de una narración identitaria privada rota por el silencio parental de la postguerra y la radicalidad de la posición política de su propia juventud, encuentran fenómenos como el de la expulsión de los alemanes de Europa Central y Oriental, el de los bombardeos en tapiz aliados o el de los crímenes de guerra perpetrados por el ejército soviético al invadir Alemania. En algunos casos este redescubrimiento conduce a un furor nacionalista que, pese a ser obviado a menudo por los grandes medios de comunicación, ha echado raíces y cuenta con una cierta nómina de prominentes promotores.³⁵ Esta ola de victimismo está siendo seguida paso a paso en los países vecinos quienes temen que esto conlleve una política de revancha en temas que, como las fronteras o las reparaciones a los alemanes expulsados después de la IIGM, todavía no poseen garantías jurídicas verdaderamente firmes.

Aún es pronto para conocer las consecuencias de las celebraciones del aniversario en septiembre de 2009. En cualquier caso el gobierno polaco de Donald Tusk ha sabido utilizarlas para iniciar un incipiente acercamiento a Rusia, espoleado por la sorprendente intervención del jefe de gobierno ruso, el propio Vladimir Putin. Putin, en un gesto con escasos precedentes, publicó una carta en el diario de mayor tirada polaco, «Gazeta Wyborcza», en la que explicaba su punto de vista con respecto al comienzo de la guerra y al mismo tiempo, poniendo como ejemplo las relaciones ruso-alemanas, clamaba por un entendimiento entre polacos y rusos. Mientras tanto las encuestas en Polonia muestran insistentemente la pervivencia de la visión heroica de la historia nacional así como de la falta de admisión en la memoria histórica de las vergüenzas nacionales.³⁶

En cualquier caso, la pluralidad de narraciones en Europa Central y Oriental es evidente y ésa es también la verdadera peculiaridad en comparación con los años de la dictadura. El

contenido de los discursos cambia a menudo de acuerdo con las políticas del día, la situación internacional e incluso con la personalidad de los propios actores que las llevan a cabo. Ciertamente, algunos puntos de inflexión, algunos lugares de memoria han cristalizado. A continuación comentaremos alguno de los principales.

Principales nudos de memoria en Europa Oriental

Aunque por propia definición los «nudos de memoria» (los «lugares» de la memoria) son nacionales, hay algunos que en el contexto de Europa Oriental son tan importantes que se han convertido en elementos de un recuerdo transnacionalizado. A continuación hacemos un breve repaso a algunos de los que a nosotros nos parecen más trascendentales. Dejamos sin embargo a un lado, por considerar que se salen del marco de este artículo, a dos nudos tan importantes como son la *Shoah* y las expulsiones de población en el Centro y Este de Europa (en especial la *Vertreibung* de los alemanes).

El Pacto Hitler-Stalin

En Polonia, el Báltico, Ucrania y últimamente hasta asumido por la opinión pública alemana, el pacto de no agresión firmado por los ministros de exteriores de la URSS y de la Alemania nazi en agosto de 1939 se considera como la alianza de las dos potencias totalitarias para desmembrar Europa y repartírsela. Según esta lectura, sólo al acceder Stalin a dejar libre el flanco oriental de Alemania, pudo Hitler atacar a Polonia y comenzar la guerra sin miedo a un segundo frente. La URSS, así, sería la culpable del estallido de la IIGM. El mapa firmado por Stalin y en el que se trazaba la línea divisoria de influencias entre los dos ahora aliados se ha convertido en el documento de la vergüenza, la prueba más clara de que la guerra no fue sólo una empresa alemana, sino soviética —rusa, se suele decir—.³⁷

Esta tesis de la culpabilidad de la URSS en el estallido de la guerra y en la conquista y ocupa-

ción de los países de Europa Centro-oriental ha cobrado tanta fuerza que muchas veces, en el discurso histórico contemporáneo, borra las responsabilidades alemanas o las sofoca, en tanto no sean políticamente necesarias. El peso de esta tesis para las relaciones internacionales es muy grande: todo acercamiento entre Alemania y Rusia es acusado por la opinión publicada de Polonia o el Báltico incluso hoy día como de una renovación del pacto de antaño. Cuando, por ejemplo, un consorcio ruso-alemán comenzó a desarrollar una línea de oleoductos por el mar del Norte sin atravesar Polonia ni los países bálticos, la prensa de estos países lo recibió denominándolo el nuevo «Pacto Hitler-Stalin».³⁸

La conferencia de Yalta entendida como una traición de los aliados (occidentales)

En febrero de 1945 los aliados definieron en Yalta, en la costa soviética del mar Negro, las respectivas esferas de influencia a mantener después de la guerra. Las «esferas de influencia» significaban dejar a merced de la Unión Soviética los países europeos por ella liberados de los nazis. Con el tiempo «Yalta» se convertiría en un símbolo de la traición de los aliados, quienes —en el discurso de la memoria— en vez de comenzar una tercera guerra mundial para liberar estos países, prefirieron, por egoísmo, dejarlos bajo el yugo soviético. Resulta curioso que también en cierta medida para los republicanos españoles poseyó «Yalta» un matiz de traición, dado que los aliados, pese a sus declaraciones, no llevaron sus ejércitos hasta España para liberarla de la tiranía franquista. Después de la caída del socialismo real y de la revisión de las consecuencias de Yalta, los países bálticos, Checoslovaquia y Polonia desarrollaron un discurso victimista oficial, mediante el cual se acusaba a Occidente y se le exigían reparaciones —simbólicas— por ello. Constantemente, cada vez que un país de esta región entraba en la OTAN o en la EU, los periódicos proclamaban «el fin de Yalta», es decir, el verdadero final del dominio soviético.³⁹



La oposición armada anticomunista de los años 1940s

La Segunda Guerra Mundial en Europa no concluyó hasta que, a partir de 1948 y hasta mediados de los años 1950, los últimos guerrilleros en España, en Grecia, en Rumania, en Lituania, en Ucrania, en los bosques polacos, se dieron por vencidos o fueron exterminados. El cansancio de la guerra y el monopolio de la violencia ejercido por los epígonos soviéticos en Europa Central y Oriental, condujeron a que los últimos hombres y mujeres que lucharon con las armas en la mano contra las dictaduras nacidas del periodo de entreguerras, murieran, fueran capturados o se exiliaran. Estos grupos partisanos habían sucedido a los movimientos clandestinos que en el violento y complejo huracán de la Segunda Guerra Mundial habían combatido contra sus respectivos invasores. Muchos de los últimos partisanos habían sido parte integrante de la clandestinidad antinazi o antisoviética, incluso de ambas.

Durante la época comunista la existencia de estos partisanos anticomunistas había sido primero usada como ejemplo de la resistencia de la «reacción» y el «fascismo» contra el nuevo régimen «democrático» y como excusa para represiones de gran calibre. Por ejemplo la «Operación Vístula», en la que el ejército polaco deportó miles de ucranianos del sur de Polonia al norte y el oeste, se justificó por la necesidad de quebrar los apoyos a los guerrilleros independentistas y anticomunistas ucranianos.⁴⁰ Con el paso del tiempo, la existencia de los partisanos se ocultó y se silenció. Cuando por fin cayó el socialismo, los últimos supervivientes de aquellas formaciones reclamaron la rehabilitación. No sólo eso: la reconstrucción de la verdadera dimensión de las formaciones guerrilleras se convirtió en tarea esencial para los institutos de la memoria y organizaciones académicas o cívicas de revisión y superación del pasado comunista. Así, el IPN de Polonia llevó a cabo un gran proyecto para confeccionar un enorme



atlas de la resistencia anticomunista, mientras que proyectos similares se llevaron a cabo en Estonia, Letonia y, especialmente, en Lituania. Los guerrilleros nacionalistas ucranianos de la OUN-UPA se convirtieron en importante base de la construcción de la nueva identidad de la Ucrania independiente, sobre ellos se han escrito trabajos de todo tipo, incluyendo divulgación y novelística y han encontrado su lugar en los libros de texto y el cine de ficción. De especial importancia se reveló el uso del discurso sobre la guerrilla anticomunista en Rumanía. Dado que durante la época comunista en el país balcánico había habido escasa actividad opositora organizada, el descubrimiento de que había habido una amplia guerrilla durante los años 1940s ha servido para intentar exorcizar el demonio de la «colaboración» de los rumanos con el régimen. De ahí que para la historiografía y la publicística rumana los guerrilleros se hayan convertido en importantísimo objeto que es usado para construir una nueva narración nacional.⁴¹

La tragedia de Katyń

Por su importancia cultural y económica, por su posición en el conjunto de la zona, el modelo de transición polaco y su conflictiva construcción de una memoria y de un discurso histórico oficial han sido muy importantes para sus vecinos. Una vez que durante los años 1980s la visión que de la segunda guerra mundial desarrolló el nacional-comunismo se fue desgastando, el discurso anticomunista de la oposición se hizo hegemónico en muchos aspectos. Durante los últimos años de la dictadura comunista y los primeros de la transición, las imágenes de la guerra elaboradas por la oposición se extendieron a grandes capas de la población. Uno de los principales fue la tragedia de Katyń.⁴² En 1940 varios miles de prisioneros de guerra polacos que estaban encerrados en campos a lo largo de la parte europea de la URSS fueron ejecutados en secreto. Las cifras que se barajan son de unos 22.000, cuatro mil de ellos en el bosque de

Katyń, en la actual Bielorrusia. Se trataba sobre todo de oficiales y miembros de la *intelligentsia* polaca y ahí parecen radicar las razones de los soviéticos para aniquilarlos: hacer desaparecer un posible peligro para el dominio comunista, dado que la *intelligentsia* se consideraba núcleo fundamental tanto de la resistencia nacionalista tradicional de los polacos, como de la burguesía que retaba al Socialismo de Estado soviético. Algo más de un año después, cuando los alemanes invadieron la URSS, se descubrió una fosa común con los cadáveres de los asesinados en Katyń. El uso propagandístico del hallazgo hecho por los alemanes propició que los soviéticos lo negaran y acusaran a los propios alemanes de autores del crimen. Los comunistas polacos, al acceder al poder en 1945-1948, se vieron obligados a mantener la ficción de la autoría alemana, convirtieron luego el asunto de «Katyń» y la suerte de los oficiales fusilados en un tabú que no debía ser nombrado e impidieron toda política de memoria en relación con ello. Por esa razón la memoria de «Katyń» se convirtió en elemento simbólico esencial de la actividad disidente desde muy temprano momento: las familias hacían construir en los cementerios discretos memoriales para sus desaparecidos (que la policía política hacía desaparecer de inmediato), en los momentos de liberalización realizaban peticiones para esclarecer la suerte de los oficiales, a partir de cierto momento realizaban homenajes clandestinos, se conmemoraban los aniversarios y se editaban libros sobre el tema en *Samizdat* —ediciones clandestinas— que en algunos momentos alcanzaron extensa difusión.⁴³

Una de las principales peticiones de la oposición en Polonia, especialmente fuerte en el momento en que surgió el sindicato libre «Solidarność», fue precisamente el que el gobierno explicara la verdad sobre Katyń, que se terminaran el silencio y las mentiras. Con la *perestroika* y el fin del socialismo, esto se cumplió. La visión que de Katyń tenía la disidencia durante el socialismo se convirtió en *mainstream*, la escuela asumió esta narración y la incorporó

al curriculum, libros, homenajes y monumentos surgieron por doquier. Katyń es, hoy día, uno de los principales lugares de memoria polacos, completamente inscrito en la narración nacional polaca tradicional, conformada alrededor del martirologio de la nación polaca y su persecución y exterminio por sus vecinos. Katyń aparece también constantemente en el discurso político público cuando se trata de hablar de Rusia.⁴⁴

Conclusiones

El 24 de marzo del 2004, Sandra Kalniete, antigua ministra de Asuntos Exteriores de Letonia y entonces Comisaria europea, pronunció un discurso en Leipzig en el que decía las siguientes palabras: «Durante más de 50 años se ha escrito la historia de Europa sin contar con nosotros (...). Sólo tras la caída del telón de acero han podido acceder los investigadores a los documentos de archivo y a las historias de la vida de las víctimas. Todo esto confirma que ambos regímenes totalitarios –nazismo y comunismo– eran igualmente criminales. No debe hacerse diferencia sólo porque uno de los dos estuviera en el lado de los vencedores. (...). También los perdedores deben escribir su historia, porque ellos se merecen un lugar en la historia de nuestro continente».⁴⁵

La expresión en alta voz de una directa equivalencia entre los dos sistemas dictatoriales produjo un escándalo inmediato en Alemania y, en general, en Europa Occidental. Parecía que el tabú creado a lo largo de la guerra y durante su finalización se había finalmente roto, la tormenta que «El libro negro del comunismo» de Stéphane Courtois había provocado pocos años antes hallaba ahora expresión firme en la voz de una víctima: Kalniete nació en Siberia como hija de deportados letones.⁴⁶

Y es que el proceso de la construcción de memoria social se realiza siempre en un contexto histórico dado, donde los imperativos políticos juegan un papel clave. La memoria social es, por

supuesto, formada socialmente y en ese proceso son decisivos los esquemas de poder en una sociedad dada y la organización de las decisiones a la hora de seleccionar acontecimientos históricos y sus significados.⁴⁷ En el caso que nos ocupa, las distintas memorias de la Segunda Guerra Mundial se han formado en un contexto de posguerra y, al tiempo, de revolución social, con violencias increíbles, transformaciones de todo tipo, y construcción de una dictadura. El esquema jerárquico de poder de las dictaduras de socialismo de estado se repetía en el nivel de la construcción oficial de una memoria que, por propia definición del sistema, había de ser única. Es decir, el discurso concreto de la memoria social de la guerra en su vertiente oficial, las formas que adoptaba, no era producido en primera instancia por profesionales de la historia, ni siquiera por asesores o especialistas, sino por decisiones de un poder político, respondiendo a necesidades políticas y con un inexcusable activismo que pretendía imponerse a otros posibles discursos. Y para imponerse, habremos de añadir, usaba de métodos tan expeditivos como prohibiciones legales, persecuciones y encarcelamientos, aparte del abuso del monopolio de la información y de la censura.

Tampoco cristalizaba ese discurso en un debate más o menos público, producido por unas necesidades evidentes de una parte importante de la población para hacer explícitos sus traumas pos-bélicos y para expresar sus necesidades auto-identificadoras como sociedad. No hubo una construcción de memoria desde abajo, una actividad autónoma de la sociedad civil, sino que surgía por entero de una decisión concreta y se diseminaba como directriz que los eslabones inferiores de la cadena de la esfera pública debían asimilar y propagar.

Una característica de la memoria de la guerra en las sociedades de socialismo de estado nos muestra, sin embargo, hasta que punto los discursos en el este y el oeste participaban de una misma conciencia histórica: a ambos lados del telón de acero las memorias no perseguían,

como había sido tradicional hasta entonces, mantener el odio étnico ni la posibilidad futura de una venganza o revancha.⁴⁸ La prioridad ahora era recordar para evitar llegar de nuevo a una hecatombe europea.

Aunque el final del socialismo proveyó de la posibilidad de alcanzar un discurso mucho más plural y multiforme, la verdad es que en muchos de estos países y a lo largo de los últimos veinte años, se ha ido desarrollando un modelo bastante similar y homogéneo de recuerdo oficial de la IIGM que se inscribe en el marco de la lucha contra el comunismo. Es un modelo heredero de los disidentes de antaño, pero exacerbado por unas nuevas elites de jóvenes «rabiosos» que, dado que las viejas elites les cierran el camino, echan mano de las políticas de memoria para hacerse un hueco, usando los documentos de archivo, las acusaciones generalizadas y la revisión de los sentidos dados a los acontecimientos históricos. Tal acción ha influido en la memoria de la IIGM transformándola en una memoria patriótica y patética, victimista, derrotista, donde siempre hay un otro que traiciona y ocupa, donde sólo una parte de la población es considerada como «verdaderos patriotas». Esto ha sido especialmente claro en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, los Países Bálticos, pero también ha habido intentos de ello en países donde el poscomunismo tiene mayor peso, como Rumania y Bulgaria. Aquí, en especial en este último, han sido los propios poscomunistas quienes han realizado una «política histórica nacionalista» que está dirigida a neutralizar todo ataque de la oposición liberal.

Por su parte, la Rusia de Putin ha construido una memoria imperial, asumiendo fragmentos soviéticos e incluso más antiguos y procesándolos en una narración cuya misión política es clara. La narración se presenta más o menos así: Rusia, sucesora de la URSS, no tuvo culpa alguna en la II Guerra Mundial, sus ejércitos, a costa de no pocos sufrimientos, salvaron a Europa. No hubo ocupaciones por parte de la URSS, los países Bálticos, Bielorrusia, Moldavia y Ucrania

entraron en la URSS por propia voluntad, el derrumbe de la URSS fue una maniobra propiciada por Occidente junto con «traidores» del interior, la construcción de memoria de la ocupación en el Báltico y Ucrania está organizada por nacionalistas-fascistas, Polonia está preñada de rusofobia desde antaño y Alemania vacila entre el sometimiento a la OTAN y un revisionismo casi nazi. Los propios historiadores ayudan gustosamente (o son forzados por las circunstancias) a construir esa narración. De este modo se mantienen polémicas que sólo en apariencia son científicas.⁴⁹ La memoria rusa de la Guerra, hoy día, es alimentada por centenares de escritores de fantasía, por películas, por la publicística histórica, pero también por una acción estatal directamente dirigida a mantener una concreta visión de la historia. Ciertamente que la sociedad rusa es hoy día lo suficientemente plural como para que un retorno al logos monopolístico de la época soviética sea imposible. Ciertamente que los discursos de disenso no son predominantes, pero los hay, y son de importancia relativa entre ciertos sectores de la sociedad.

Volviendo a la tan acerba y hasta rabiosa crítica a la crítica de Sandra Kalniete, hemos de constatar que no se basaba simplemente en los restos de la influencia que el comunismo como ideología política había obrado sobre los intelectuales europeos. Tampoco —al menos no del todo— en la condición cuasi sagrada que el Holocausto ocupa en la memoria colectiva actual. La irritación yacía en la imposibilidad de comprender que las experiencias de la otra mitad de Europa eran distintas de las propias y que lo que se había llegado a considerar como norma en el oeste, no era lo único, ni lo más importante para el este.

Desde luego, Sandra Kalniete se equivocaba cuando intentaba equiparar el sistema de Hitler al de Stalin. Si moralmente ambos pueden ser igualmente reprobables, las diferencias entre ellos son tan fundamentales, que, desde el punto de vista de un historiador, no se puede comprender nada en absoluto si no las marcamos

en su justo punto. Pero la comisaria de Letonia tenía toda la razón al lanzar aquel grito pidiendo, exigiendo, que se escuchara la voz de su experiencia, que aquellos países que acababan de ingresar en la Unión Europea tenían derecho a que sus especificidades fueran tenidas en cuenta a la hora de construir la memoria común de los europeos.

NOTAS

- * Investigador Ramón y Cajal, Departamento de historia Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, C/ Profesor Aranguren, s/n, 28040, Madrid; e-mail: jm.faraldo@ghis.ucm.es
- ¹ Una primera versión de este texto se presentó en julio del 2009 como ponencia en el curso «La Segunda Guerra mundial y la memoria europea: nuevas perspectivas en su 70 aniversario», organizado por la UIMP en A Coruña y dirigido por Xosé M. Núñez Seixas. Agradezco a los participantes y colegas allí presentes sus comentarios. Agradezco asimismo a los dos anónimos informantes sus acertadas observaciones.
- ² Para evitar molestas repeticiones usaremos a partir de este momento el acrónimo «IIGM» al referirnos a la Segunda Guerra Mundial.
- ³ ECHTERNKAMP, Jörg/Stefan MARTENS, «Der Weltkrieg als Wegmarke? Die Bedeutung des Zweiten Weltkriegs für eine europäische Zeitgeschichte», in: ECHTERNKAMP, Jörg/Stefan MARTENS (Ed.): *Der Zweite Weltkrieg in Europa. Erfahrung und Erinnerung* Paderborn, Ferdinand Schöning, 2007, pp. 1-33.
- ⁴ Para la definición de la región de «Europa Centro-oriental» véase: KOCKA, Jürgen, «Das östliche Mitteleuropa als Herausforderung für eine vergleichende Geschichte Europas», en: *Zeitschrift für Ostmitteleuropaforschung*, n.º 49, 2000, pp. 159-174. Para problemas de comparativismo: FARALDO, José M.: «Más allá de las relaciones internacionales. Nuevas tendencias centroeuropeas en historia transnacional y comparativismo», en: *IX. Congreso de la AHC, Murcia, 2008* (Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy), www.ahistcon.org/docs/.../jose_maria_faraldo_jarillo_taller15.pdf [visto el 30-10-2009].
- ⁵ ASSMANN, Jan, *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, München, C. H. Beck, 1992.
- ⁶ Tan corta que Jan Assmann la cifra en unos ochenta años, ya que depende de la duración biológica de quienes transmiten el acontecimiento.
- ⁷ ASSMANN, Aleida/Jan ASSMANN, «Das Gestern im Heute. Medien und soziales Gedächtnis» en: MERTEN, Klaus/Siegfried J. SCHMID/Siegfried WEISCHENBERG (Eds.) *Die Wirklichkeit der Medien. Eine Einführung in die Kommunikationswissenschaft*, Opladen, Westdeutscher Verlag, pp. 114-140.
- ⁸ WELZER, Harald (Ed.), *Das Soziale Gedächtnis. Geschichte, Erinnerung, Tradierung*, Hamburg, Hamburger Edition 2001, p. 16.
- ⁹ Sobre el papel del Estado en la construcción de memoria: VINYES, Ricard, «La memoria del estado», en: VINYES, Ricard (ed.): *El estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona, RBA, 2009, pp. 23-66.
- ¹⁰ AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparativa*, Madrid, Alianza editorial 2009, aquí pp. 52-53.
- ¹¹ Curiosamente no hay hasta ahora demasiadas investigaciones generales sobre la esfera pública en el socialismo de Estado. El trabajo pionero es: RITTERSPORN, Gábor T./Malte ROLF/Jan C. BEHRENDTS (Eds.), *Zwischen partei-staatlicher Selbstinszenierung und kirchlichen Gegenwelten: Sphären von Öffentlichkeit in Gesellschaften sowjetischen Typs/Between the Great Show of the Party-State and Religious Counter-Cultures: Public Spheres in Soviet-Type Societies*, Frankfurt/Main, Peter Lang, 2003.
- ¹² Diversos casos en: SAPPER, Manfred/Volker WEICHSEL (Eds.), *Geschichtspolitik und Gegenerinnerung. Krieg, Gewalt und Trauma im Osten Europas*. BWV, Berlin 2008, (= Número temático de «Osteuropa», Vol. 58, n.º 6, 2008).
- ¹³ MOORE, Bob (Ed.), *Resistance in Western Europe*, Oxford, Berg, 2000; FARALDO, José M., *La Europa clandestina. Movimientos de resistencia a las ocupaciones nacionalsocialista y soviética en Europa (1938-1948)*, Madrid, Alianza editorial (en preparación).
- ¹⁴ Véase WELZER, Harald/LENZ, Claudia, «Opa in Europa. Erste Befunde einer vergleichenden Tradierungsforschung», en: WELZER, Harald (Ed.), *Der Krieg der Erinnerung. Holocaust, Kollaboration und Widerstand im europäischen Gedächtnis*, Frankfurt, Fischer 2007, pp. 7-40, aquí 19.
- ¹⁵ REICHEL, Peter, *Vergangenheitsbewältigung in Deutschland. Die Auseinandersetzung mit der NS-Diktatur von 1945 bis heute*, München, Beck Verlag, 2001; WOLFRUM, Edgar, *Geschichte als Waffe. Vom Kaiserreich bis zur Wiedervereinigung*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht 2001; WOLFRUM, Edgar, *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland. Der Weg zur bundesrepublikanischen Erinnerung 1948-1990*, Darmstadt Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1999; FREI, Norbert, *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, München, DtV, 1996.

- ¹⁶ CLASSEN, Christoph, *Faschismus und Antifaschismus. Die nationalsozialistische Vergangenheit im ostdeutschen Hörfunk (1945-1953)*, Colonia, Weimar, Viena: Böhlau Verlag 2003; ANNETTE, Leo/REIF-SPIREK, Peter (Ed.), *Vielstimmiges Schweigen. Neue Studien zum DDR-Antifaschismus*, Berlin, Metropol 2001; FINKER, Kurt, *Zwischen Integration und Legitimation. Der antifaschistische Widerstandskampf in Geschichtsbild und Geschichtsschreibung der DDR*, Leipzig, Rosa Luxemburg Stiftung 1999.
- ¹⁷ Sobre los Balcanes, véanse los trabajos de Francisco Veiga. VEIGA, Francisco, *Els Balcans. La desfeta d'un somni, 1945-1991*, Girona, Eumo-Universitat de Girona, 1994; *Ibidem, La trampa balcánica*, Barcelona, Grijalbo, 2002.
- ¹⁸ SCHMOLLER, Hildegard, «Der Gedächtnisort 'Münchener Abkommen' als Manifestation tschechischer Selbstbildnisse» en: FRITZ, Regina/Carola SACHSE/Edgar WOLFRUM (Ed.), *Nationen und ihre Selbstbilder. Postdiktatorische Gesellschaften in Europa*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2008, pp. 90-107.
- ¹⁹ FARALDO, José M., «Medieval Socialist Artefacts: Architecture and Discourses of National Identity in Provincial Poland (1945-1960)», en: *Nationalities Papers*, Vol. 29, n.º 4, 2001, pp. 605-632.
- ²⁰ UNGVÁRY, Krisztián: «Der Umgang mit der kommunistischen Vergangenheit in der heutigen ungarischen Erinnerungskultur», en: FAULENBACH, Bernd/JELICH, Franz-Josef, «Transformationen» *der Erinnerungskulturen in Europa nach 1989*, Essen, Klartext Verlag, 2006, pp. 201-220, aquí pp. 201-202.
- ²¹ BONWETSCH, Bernd, «Sowjetunion: Triumph im Elend», en: HERBERT, Ulrich/SCHILD, Axel (Ed.), *Kriegsende in Europa: Vom Beginn des deutschen Machtzerfalls bis zur Stabilisierung der Nachkriegsordnung 1944-1948*, Essen, Klartext, 1998, pp. 52-88.
- ²² Véase el impresionante trabajo de WÓYCICKA, Zofia: *Przerwana żałoba. Polskie spory wokół pamięci nazistowskich obozów koncentracyjnych i zagłady 1944-1950*, Varsovia, TRIO, 2009, en el que al tiempo que se describen estos procesos, se muestra cómo la simplista división entre «memoria oficial» y «memoria opositora» no funciona ya desde el principio de los regímenes comunistas.
- ²³ ALTRICHTER, Helmut, «Der Große Vaterländische Krieg». Zur Entstehung und Entsakralisierung eines Mythos, en: ALTRICHTER, Helmut/HERBERS, Klaus/NEUHAUS, Helmut (Ed.), *Mythen in der Geschichte*, Freiburg, Rombach, 2004, pp. 471-493; BORDIUGOV, Gennadi A./Falk BOMSDORF (Ed.), *60-Letie okonchaniia Vtoroi Mirovoi i Velikoi Otechestvennoi: Pobediteli i pobezhdennyye v kontekste politiki, mifologii i pamiati. Materialy K Mezhdunarodnomu Forumu (Moskva, Sentiabr 2005)*, Moscú, AIRO-XXI, Fond Fridrikha Naumanna 2005.
- ²⁴ BONWETSCH, Bernd, Der «Grosse Vaterländische Krieg». Vom öffentlichen Schweigen unter Stalin zum Heldenkult unter Breschnew, en: QUINKERT, Babette (Ed.), «Wir sind die Herren dieses Landes», *Ursachen, Verlauf und Folgen des deutschen Überfalls auf die Sowjetunion*, Hamburgo, VSA, 2002, pp. 166-187.
- ²⁵ NOVIKOVA, Olga, El modelo alemán, la memoria alternativa y su aplicación en la transición rusa, en: ELVERT, Jürgen/SCHIRMANN, Sylvain (eds./dir.), *Changing Times: Germany in 20th-Century Europe/Les temps qui changent: L'Allemagne dans l'Europe du 20^e siècle. Continuity, Evolution and Breakdowns/Continuité, évolution et rupture*, Bruxelles, Peter Lang, 2008; NOVIKOVA, Olga, La política de la memoria: moldear el pasado para construir la sociedad democrática (la URSS y el espacio postsoviético), en: *Historia del presente*, n.º 9, 2007 (Ejemplar dedicado a: Dictadura y franquismo), pp. 71-100.
- ²⁶ KULISH, V. M. K., «Sovietskaia istoriografiia Belikoi Otiechesviennoi voiny», en: *Sovietskaia Istorografiia*, Moscú, 1996, pp. 279-283.
- ²⁷ OUSHAKINE, Sergei, «'We're Nostalgic, but we're not crazy'. Retrofitting the Past in Post-Soviet Russia», en: *Russian Review*, 2007, Vol. 66, n.º 3, pp. 451-482; NADKARNI, Maya/SHEVCHENKO, Olga, «The Politics of Nostalgia: A Case for Comparative Analysis of Post-Socialist Practices», en: *Ab Imperio*, 2004, n.º 2, pp. 487-520.
- ²⁸ LANGENOHL, Andreas, «Die Erinnerungsreflexion des Grossen Vaterländischen Krieges in Russland zum fünfzigsten und sechzigsten Jahrestag des Sieges (1995 und 2005)», en: *Jahrbuch für historische Kommunismusforschung*, 2005, pp. 68-80.
- ²⁹ Véase: DUBIN, Boris: «Erinnern als staatliche Veranstaltung. Geschichte und Herrschaft in Russland», en: *Osteuropa*, Vol. 58, n.º 6, 2008, pp. 57-65, aquí p. 62.
- ³⁰ HRYNER, V., «Gespaltene Erinnerung. Der Zweite Weltkrieg im ukrainischen Gedenken», en: *Osteuropa*, Vol. 55, 2005, n.º 4-6, pp. 88-102.
- ³¹ JILGE, Wilfried: «Post-soviet Ukrainian Narratives on World War II», en: BARKAN, Elazar/Elizabeth A. COLE, Kai STRUVE (Eds.): *Shared Memory-Divided Memory. Jews and Others in Soviet-Occupied Poland, 1939-1941*, Leipzig, Leipziger Universitäts Verlag, 2007, pp. 103-131.
- ³² ONKEN, Eva-Clarita: «The Baltic States and Moscow's 9 May Commemoration: Analysing Memory Politics in Europe», en: *Europe-Asia Studies*, n.º 1, 2007, pp. 23-46.
- ³³ BRÜGGEMANN, Karsten/Andres KASEKAMP, «The Politics of History and the «War of Monuments» in Estonia», en: *Nationalities Papers*, n.º 3, 2008, pp. 425-448.
- ³⁴ UNGVÁRY, Krisztián, «Der Umgang mit der kommunistischen Vergangenheit in der heutigen ungarischen

- Erinnerungskultur», en: FAULENBACH, Bernd/JE-LICH, Franz-Josef, «Transformationen» der Erinnerungskulturen in Europa nach 1989, Essen, Klartext Verlag, 2006, pp. 201-220, aquí pp. 211-216.
- ³⁵ Los ejemplos de mejor calidad son Jörg Friedrich o Hubertus Knabe aunque hay decenas de «reversionistas» de baja y alta intensidad, quienes, sin llegar al extremo de exonerar de culpa al nacional-socialismo, hacen hincapié en el sufrimiento de los alemanes usando de un lenguaje que evoca las investigaciones sobre el holocausto. Véase críticamente: MÜLLER, Rolf Dieter, «Adolf der Friedliebende», en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22-06-2006.
- ³⁶ SZACKI, Wojciech, «Poplątana pamięć o II wojnie», en: *Gazeta Wyborcza*, 18-08-2009; *idem*, «Sondaż. Nasza дума i wstyd», en: *Gazeta Wyborcza*, 19-08-2009; *idem*, «Na frontach. W armiach. I w cywilu», en: *Gazeta Wyborcza*, 21-08-2009.
- ³⁷ Un repaso a las posturas en la URSS acerca del Pacto: SLUČ, Sergej, «Der Weg in die Sackgasse. Die UdSSR und der Molotov-Ribbentrop-Pakt», en: *Osteuropa*, Vol. 59, n.º 7-8, pp. 75-95.
- ³⁸ STOKŁOSA, Katarzyna: «Memoria y política. Sobre el papel de la historia en el proceso de transición polaco», en: FARALDO, José M. (Ed.), *Research on European Communism after the fall of the Berlin Wall. A State of Question/La investigación sobre el comunismo europeo tras la caída del muro. Estado de la cuestión*, Dossier de «Revista de Historiografía», n.º 10, I, 2009, Madrid, Editorial Actas, pp. 92-101, aquí p. 98.
- ³⁹ TROEBST, Stefan: «Jalta versus Stalingrad, Gulag versus Holocaust. Konfligierende Erinnerungskulturen im größeren Europa», en: *Berliner Journal für Soziologie*, n.º 3, 2005, pp. 381-400.
- ⁴⁰ SOWA, Andrzej, «Akcja Wisła» w polskiej historiografii –aktualne problemy badawcze», en: PISULIŃKI, Jan (Ed.), *Akcja «Wisła»*, Varsovia, IPN, 2003, pp. 12-25. JASIAK, Marek, «Overcoming Ukrainian Resistance: The Deportation of Ukrainians within Poland in 1947», en: THER, Philip; SILJAK Ana (Ed.), *Redrawing Nations. Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham 2001, pp. 173-194.
- ⁴¹ Véase PETRESCU Cristina, PETRESCU, Dragoş, Reconstructing the Unusable Past: Historical Writings on Romanian Communism, en: FARALDO, José M. (Ed.), *Research on European Communism after the fall of the Berlin Wall. A State of Question/La investigación sobre el comunismo europeo tras la caída del muro. Estado de la cuestión*, Dossier de «Revista de Historiografía», n.º 10, I/2009, Madrid, Editorial Actas, pp. 73-91.
- ⁴² De entre los cientos de trabajos escogemos dos ejemplos: KISIELEWSKI, Tadeusz A. *Katyń-zbrodnia i kłamstwo*, Poznań, Dom Wyd. Rebis, 2008 y SANFORD, George, *Katyn and the Soviet massacre of 1940: truth, justice, and memory*, Londres, Routledge, 2005. Asimismo, la colección de documentos: MATERSKI, Wojciech (Ed.), *Katyń: Dokumenty Zbrodni*, Varsovia: Wydawnictwo «TRIO», IV Vols., 1995-2006.
- ⁴³ SCHAUBS, Martin, *Streitfall Katyn: die Wahrnehmung des Massakers in der sowjetrussischen, polnischen und westdeutschen Öffentlichkeit 1980-2000*, Marburg, Tectum-Verl., 2008.
- ⁴⁴ JAZBOROVSKAJA, Inessa y otros (Eds.), *Katynskij sindrom v sovetsko-polskich i rossijsko-polskich otnošenijach*, Moscú: ROSSPEN, 2009 (2).
- ⁴⁵ Citado en: TROEBST, Stefan, *Postkommunistische Erinnerungskulturen im östlichen Europa. Bestandaufnahme, Kategorisierung, Periodisierung*, Wrocław: Centrum im. Willy Brandta 2005, p. 12.
- ⁴⁶ Por descontado, hay que recordar que, pese a la participación en él de excelentes especialistas, «El libro negro...» fue una empresa ideológica y no científica, y su intención era polémica y no esclarecedora.
- ⁴⁷ WELZER, Harald, *Das kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung*, Múnich, Beck, 2002.
- ⁴⁸ KNIGGE, Volkhard, «Gesellschaftsverbrechen erinnern. Zur Entstehung und Entwicklung des Konzepts seit 1945», en: KNIGGE, V.; Ulrich MÄHLERT (Ed.), *Der Kommunismus im Museum. Formen der Auseinandersetzung in Deutschland und Ostmitteleuropa*, Colonia, Böhlau 2005, pp. 19-30.
- ⁴⁹ Véase, por ejemplo, en una de las revistas académicas rusas más importantes, la reciente polémica con la tesis de la ocupación del Báltico: SIMONIIAN, R. X./T. M. KOCHEGAROVA, «Sobuitiia 1939-1940 godov v massovom coznanii nasileniia stran Baltii», en: *Novaia i noveishaia Istorii*, 2009, n.º 3, pp. 19-33. Por otro lado, tesis más liberales sobre la memoria de la época soviética se encuentran en la también influyente revista: *Neprikosnoviennii zapac. Debaty o politikiie i kulturie*, Número especial: «Sovietskoie proshloie: mezhdou politikoii pamiatii i realnoi politickoii», n.º 2 (64), 2009.